

lla y Leon, desapareciendo de este modo los últimos restos del célebre emirato de los Beni-Hud de Zaragoza (1132), de aquellos belicosos príncipes que tanto y tan heroicamente habían luchado con los reyes cristianos de Aragón (1).

Los cristianos de Toledo y los musulmanes de Andalucía se hostilizaron mutuamente haciendo repetidas irrupciones en sus respectivos territorios. Tachfin ben Alí era el general que sostenía la guerra en España a nombre de su padre el emperador de los Almoravides. Alfonso VII desplegó en la guerra contra los infieles igual energía a la que había mostrado para la pacificación interior del reino. Una noche se vieron los moros tan de improviso atacados en su campo y con tal ímpetu y bravura, que por confesión de los mismos historiadores árabes «muy pocos Almoravides escaparon de su vengadora espada.» El esforzado Tachfin se mantuvo con unos pocos sufriendo con admirable constancia las mas peligrosas arremetidas de la caballería castellana, hasta que él mismo herido en una pierna, de que quedó ya imperfecto siempre, dió gracias de poder escapar con vida. El faquí Zakarya, su alcañib, escribió con ocasion de esta batalla una cávida de elegantes versos en que le consolaba de su derrota, describía lo horroroso del combate y le daba oportunos avisos y consejos militares (2).

Orgulloso con este triunfo el de Castilla, juntó á las márgenes del Tajo un numeroso ejército y resolvió hacer una atrevida invasión en Andalucía, á semejanza de la que ocho años antes había hecho su padrastro el rey de Aragón. Su nuevo vasallo el árabe Safad-Dola se ofreció á servirle de guía en su marcha. Dividió el rey su ejército en dos cuerpos para proveer con mas facilidad de subsistencias; á la cabeza de uno marchaba él mismo; guiaban el otro el ex-emir Safad-Dola y aquel don Rodrigo Gonzalez de Lara, el antiguo rebelde de Leon, Palencia y Asturias, que tal era la confianza que le inspiraban y la fidelidad con que le servían el musulman recien allegado y el cristiano antes enemigo. Por dos distintos puntos atravesaron la sierra, y juntáronse allá en el suelo andaluz donde los mantenimientos abundaban.

«Era la estacion de la siega, dice la crónica de don Alfonso, y el rey mandó incendiar las mieses, las viñas, los olivares y las higueras. Consternó el terror á los *Morabitas* (los Almoravides) y á los *hijos de Agar* (los musulmanes andaluces). Abandonaban los infieles las plazas que no podían defender, y se retiraban á los castillos fuertes, á las cuevas de los montes y á las islas del mar. Plantó el ejército cristiano sus tiendas cerca de Sevilla, quemando los pueblos y fortalezas abandonadas: llenaron su campamento de cautivos, de ganado, de aceite y de trigo. El fuego devoraba las mezquitas con sus ímpios libros, y los doctores de su ley eran pasados al filo de la espada. De allí pasó el rey á Jerez, que destruyó, y avanzó hasta Cádiz. A vista de esto los príncipes andaluces enviaron á decir secretamente al emir Safad-Dola: «Habla al rey de los cristianos para que nos libre de los Almoravides; y le serviremos contigo, y reinarás sobre nosotros tú y tus hijos.» Safad-Dola, despues de haber consultado con el rey, les respondió:

(1) Conde, part. III, c. 33.—El obispo Sandoval comete varias inexactitudes al dar cuenta de este suceso, y supone muy erradamente que Rota'l-Yehud, ó Roda de los Judíos, que pertenecía á Aragón, era una Rueda que dice está «á la entrada de Andalucía.»

(2) Hé aquí algunos de los versos con que el poeta pinta lo recio de aquella batalla:

Trábase nueva lid, espesos golpes
Se multiplican, recio martilleo
Estremece la tierra, y con las lanzas
Cortas se embisten, las espadas hieren,
Y hacen saltar las aceradas piezas
De los armados, y al sangriento lago
Entran como si fuesen los guerreros
Camellos que la ardiente sed agita,
Cual si esperasen abrevarse en sangre
Que á borbollones las heridas brotan,
Fuentes abiertas con las crudas lanzas...

Trad. de Conde, p. III, c. 32.

«Andad y decid á mis hermanos los príncipes de Andalucía que se apoderen de todas las plazas fuertes, y hagan la guerra á los Almoravides, y el rey de Leon y yo vendremos á socorreros.» Pero el rey determinó retroceder en seguida, que no era para contarse todavía seguro en aquellas tierras, y regresó sin descalabro á la comarca de Toledo (3).

Despues de esta famosa algara tuvo el rey que sofocar algunas alteraciones y revueltas que habían movido en Asturias los condes don Gonzalo Pelaez y don Rodrigo Gomez, que al fin tuvieron que darse á partido, contribuyendo no poco á la feliz terminación de estas sublevaciones los consejos que don Alfonso seguía recibiendo, así de su esposa doña Berenguela como de su hermana doña Sancha (1133). Y eso que no se mostró el rey el mas celoso guardador de la fidelidad conyugal, pues en una de estas expediciones á Asturias aficionóse á una dama llamada Gontroda, hija del conde don Pedro Diaz, «y húbola (dice el obispo cronista) en su poder, y de ella una hija que se llamó doña Urraca, y dió para que la criase á su hermana la infanta doña Sancha (4).»

En tal estado se hallaban las cosas de Castilla en 1134 cuando acaeció la muerte de don Alfonso el Batallador en los campos de Fraga, que vino á ocasionar grandes mudanzas en todos los reinos cristianos españoles, y á acrecentar el poder del monarca y de la monarquía castellana. Tan luego como se supo el fallecimiento, juntáronse aragoneses y navarros en Borja, donde celebraron córtes, á que asistieron ya no solo los ricos-hombres y caballeros, sino tambien procuradores de las ciudades y villas, ó sea de las *universidades*, como allí se denominaban (primer caso en que hallamos mencionada la asistencia del brazo popular á las córtes del reino), para tratar de la eleccion de sucesor, sin tener en cuenta para nada el testamento de don Alfonso en que legaba el reino á las tres órdenes religiosas del Templo, del Sepulcro y de San Juan de Jerusalem; que ni siquiera se cuestionó entre los aragoneses ni les ocurrió poner en tela de duda la ilegalidad de tan extravagante testamento. Tenia gran partido entre ellos un rico-hombre nombrado don Pedro de Atarés, señor de Borja, á quien algunos hacen biznieto, aunque bastardo, de Ramiro I: mas dos caballeros aragoneses que conocian bien ciertos vicios de su carácter, y á quien tachaban principalmente de arrogante y presuntuoso, tuvieron bastante persuasiva para torcer las voluntades de los unos y bastante maña para agriar é indisponer con él á los otros, y ya no se pensó mas en don Pedro de Atarés. Fijáronse entonces los aragoneses en don Ramiro, hermano del Batallador, monje del monasterio de Saint Pons de Thomieres, cerca de Narbona. Parecióles á los navarros desacordada proposición la de elegir como rey á un monje, y así por esto como por aprovechar la ocasion de recobrar su independencia y darse otra vez un rey propio, acordaron retirarse á Pamplona, y allí por sí y sin contar con los de Aragón alzaron por rey de Navarra á don García Ramirez, hijo del infante don Ramiro el que casó con la hija del Cid, y nieto de don Sancho, aquel á quien mató en Roda su hermano don Ramon. De esta manera volvieron á separarse Aragón y Navarra despues de haber formado por cerca de medio siglo un mismo reino.

Con esto los aragoneses resolvieron definitivamente en las córtes de Monzon colocar la corona de su reino en las sienas del monje Ramiro, y obtenida del pontífice la doble dispensa de la profesion monástica y del sacerdocio, el buen monje no tuvo reparo en trocar el sayal y el báculo por el cetro y la diadema, y en prestarse á añadir el sacramento del matrimonio al del orden, casándose, á pesar de los cuarenta años de hábito, con doña Inés, hija de los condes de Poitiers y hermana del duque de Aquitania. En octubre de aquel año (1134)

(3) Crón. de Alfonso VII.—Conde no habla de esta expedición. Algunos la confunden con la de Alfonso el Batallador, aun siendo tan distintos los puntos á que se dirigieron. Segun Sandoval, el conde castellano que mandaba el segundo cuerpo no era don Rodrigo Gonzalez el de Lara, sino don Rodrigo Martinez Osorio.

(4) La misma que veremos despues casarse con el rey de Navarra don García Ramirez.

se hallaba el monje-rey ejerciendo la potestad real en Barbastro (1).

Mas el de Castilla, que aspiraba á alzarse con una buena parte de la herencia del de Aragón, alegando el derecho que á ello tenia como biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, que se había ido apoderando ya de Nájera y de las plazas de la Rioja que habían poseído los monarcas castellanos sus mayores, con pretexto tambien de socorrer á Zaragoza contra los ataques de los Almoravides, iba acercándose á esta ciudad con poderoso ejército. Ni el de Aragón ni el de Navarra contaban con fuerzas para resistirle, ni tal era su intención tampoco; antes bien conveniales á uno y á otro ganar la amistad del castellano, temiendo cada cual por su parte la guerra que la separación de Navarra amenazaba producir entre navarros y aragoneses. Así no solamente entró Alfonso VII sin resistencia en Zaragoza, donde se hallaba el rey-monje en el mes de diciembre, sino que este le cedió la ciudad de Zaragoza con toda la parte del reino de Aragón de este lado del Ebro, reconociéndose feudatario del de Castilla y rindiéndole pleito-homenaje. Confirmó don Alfonso como rey á las iglesias de Zaragoza los privilegios que les había otorgado el Batallador, y don Ramiro se retiró á Huesca contentándose con titularse rey de Aragón, de Sobrarbe y Ribagorza, y suponiendo en los documentos vasallo suyo á García Ramirez, rey de Pamplona (2). Habian concurrido tambien á Zaragoza el hermano de la reina de Castilla Ramon Berenguer IV de Barcelona, los condes de Urgel, de Fox, de Pallars, de Cominges, el señor de Mompeller, con varios otros condes y señores de Francia y de Gascuña, y todos hicieron confederación y amistad con el monarca de Castilla. Satisfecho este con el resultado de su expedición, y dejando en Zaragoza guarnición de tropas castellanas, volvióse á Leon, donde vino á encontrarle el nuevo rey de Navarra, que deseando tenerle de su parte en las diferencias que preveía con el de Aragón, se hizo tambien vasallo suyo.

Parecióle á Alfonso VII que quien tenia debajo de sí á tan poderosos príncipes bien podia ceñirse ya la corona imperial. Con este pensamiento convocó córtes en Leon para la pascua del Espíritu Santo (1135). Celebráronse estas con toda solemnidad en la iglesia mayor, asistiendo á ellas la reina doña Berenguela, la hermana del rey doña Sancha, don García, rey de Navarra, don Raimundo arzobispo de Toledo, que había sucedido á don Bernardo, con todos los demás prelados, abades y grandes del reino. Tratose el primer día de negocios pertenecientes al buen régimen eclesiástico y político del Estado. Verificose en el segundo la solemne ceremonia de la proclamación. Rodeado de numeroso y brillante cortejo fué conducido el rey del palacio á la iglesia de Santa Maria: esperábanle allí los prelados, magnates y clero: desde la entrada hasta el altar mayor fué llevado en procesion, marchando el monarca entre el obispo de Leon y el rey de Navarra; pusiéronle con toda pompa el manto y la corona imperial: y las bóvedas del templo resonaron con los cantos de los himnos sagrados y con las aclamaciones de *Viva el Emperador*. Terminada la augusta ceremonia, acompañaron todos á Alfonso al real palacio, donde el nuevo emperador agasajó á la comitiva con un suntuoso banquete. Al día siguiente volviéronse á congregar los grandes y prelados, y acordaron varias disposiciones sobre asuntos religiosos y políticos, siendo el primero y mas importante la confirmación de los fueros y leyes otorgadas por los monarcas anteriores (3).

(1) Mariana y otros autores dicen haberle concedido la dispensa el papa Inocencio II. Sabau, siguiendo á Ferreras, afirma haberlo hecho el antipapa Anacleto. Mariana, Zurita y Traggia, con el historiador de San Juan de la Peña, suponen que don Ramiro había sido abad de Sahagun y despues obispo electo de Burgos, de Pamplona, de Roda y Barbastro. Hay quien le niega el orden sacerdotal. Véase á Traggia, Memorias de la Academia de la Historia, tom. III, el cual niega lo de las córtes de Borja y de Monzon, tan admitido por todos los historiadores.

(2) Carta de donación de la era 1173, citada por Blancas, Comentarios, p. 148.

(3) Chron. Adef. Imperat.—Sandoval, Cinco Reyes.—Risco, Historia de Leon. En este último puede verse la refutación de los argumentos de Moret, para negar la asistencia del rey de Navarra á la coronación

Mientras esta superioridad alcanzaba el de Castilla, no era posible que hubiese paz y concordia entre aragoneses y navarros con sus dos reinos y sus dos reyes, uno y otro precisados á ampararse de la protección del emperador. Miraban los aragoneses la Navarra como una parte integrante de su monarquía; consideraban los navarros á don Ramiro como inhábil para llevar la corona por su profesion, estado y edad; la guerra amenazaba, y hacíanse ya grandes daños en los lugares de las mal deslindadas fronteras. Para poner remedio á estos males acordóse, á instancia y diligencia de los prelados y algunos ricos-hombres amantes de la paz, que se nombraran tres jueces por cada uno de los reinos, que decidiesen como árbitros la querrela. Juntáronse estos seis jurados en Vado-luengo: el arbitrio que tomaron fué que cada uno de los dos monarcas gobernase su reino, pero que don Ramiro fuese considerado como padre y don García como hijo, y que los términos de Aragón y de Navarra fuesen los mismos que en otro tiempo había señalado don Sancho el Mayor, á lo cual añaden algunos la incalificable cláusula de que don Ramiro hubiera de mandar sobre todo el pueblo, don García sobre el ejército y los nobles. Por mas que esta sentencia, dada sin duda con mejor intención que acierto, dejara vivo el germen de la discordia entre los dos monarcas, ambos manifestaron conformarse con el fallo, y en su virtud pasó el de Aragón á Pamplona como á dar seguridad y firmeza al convenio. Recibióle el navarro con toda pompa y solemnidad; mas de la sinceridad y buena fe con que en esto procediera, tuvo muy pronto motivo de recelar don Ramiro, puesto que un caballero fué á avisarle confidencialmente de que aquella misma noche trataba don García de apoderarse de su persona. Fuese ó no verdad el proyecto, el rey monje le creyó, y de noche, de prisa, disfrazado y con solo cinco de á caballo que le acompañaran salió de Pamplona como un fugitivo, y caminando toda la noche, llegó al monasterio de San Salvador de Leire, y desde allí con poca detención pasó á Huesca (4).

Con tal proceder era ya imposible toda reconciliación entre el aragonés y el navarro, y se hizo aun mas inminente que antes un rompimiento entre ambos reinos. Don García comenzó á disponer sus gentes para la guerra: con objeto de tener á su devoción los caballeros y ricos-hombres, hizoles grandes donaciones y mercedes, y el obispo y cabildo de Pamplona anduvieron con él tan generosos que le franquearon el tesoro de la iglesia para las atenciones de la campaña. Don Ramiro hacia iguales preparativos en Huesca (1136), pero sus excesivas larguezas y liberalidades con los magnates y ricos-hombres á quienes prodigamente había ido dando los lugares y castillos de su reino, lo mismo que sus indiscretas donaciones á los monasterios é iglesias, habían debilitado su autoridad y poder en términos que ni le guardaban consideración los grandes ni respeto el pueblo. Llamábanle, dicen, por menosprecio el *Rey-cogulla*, y aun cuando se haya exagerado su ineptitud hasta el punto de suponer que cuando cabalgaba, embarazado con la lanza y el escudo, tenia que sujetar y regir con la boca las bridas del caballo (lo cual está en contradicción con los antecedentes que de su vida activa, aun despues de monje, tenemos) (5), es no obstante cierto que

imperial de Alfonso VII.—El título de emperador se había aplicado ya en documentos y epítetos á mas de un rey de Leon y de Castilla, y los escritores aragoneses le dan á su monarca Alfonso I el Batallador; mas ningun príncipe cristiano había recibido en España solemnemente la investidura y la diadema imperial hasta Alfonso VII de Castilla.

(4) Zurita, Anal. lib. I, c. 55.

(5) Traggia, Memorias de la Academia, tom. III.—Hé aquí cómo cuenta el romance lo que pasó entre él y sus caballeros al entrar en el primer combate en que se encontró:

Las riendas tomad, señor,
con aquesta mano misma
con que asides el escudo,
y ferid en la morisma.

El rey, como sabe poco,
luego allí les respondia:

—Con esa tengo el escudo,
tenellas yo no podria,
ponédmelas en la boca,
que sin embarazo iba...

carecía de valor para las cosas de la guerra y no tenía mas habilidad para gobernar un Estado. Por lo mismo no es de extrañar en tan débil monarca que apelase á la proteccion y amistad del de Castilla, para que le auxiliase contra el navarro, y que en la entrevista que con aquel tuvo en Aragon le cediese á Calatayud y demás pueblos que su hermano el Batallador habia conquistado en esta parte del Ebro, conviniendo no obstante en que Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon. Tampoco extrañamos diese en rehenes al emperador, segun algunos historiadores afirman, ó por lo menos le prometiese para mayor seguridad del asiento, su hija Petronila, con quien el castellano se proponia casar á Sancho su hijo mayor: que el rey-monje habia burlado los cálculos públicos, logrando, á pesar de sus años, verse reproducido en una hija, destinada á causar grandes novedades en Aragon y en toda España.

Repugna ciertamente así al genio apocado de don Ramiro como á la resolucíon que luego tomó de abdicar el cetro y volver á la vida religiosa, el hecho ruidoso y la sangrienta ejecucíon que algunos autores le han atribuído, conocida con el nombre simbólico de la *Campana de Huesca*. Cuentan, pues, que habiendo enviado un mensajero á consultar con el abad de su antiguo monasterio de Saint-Pons de Thomiers cómo deberia conducirse para tener tranquilo el reino y sumisos á los magnates que le menospreciaban, el buen abad hizo entrar consigo en la huerta del convento al enviado del rey, y á su presencia, á imitacion y ejemplo de Tarquino en Roma, fué derribando y descabezando las mas altas coles y lozanas plantas que en el huerto habia, advirtiéndole que por toda respuesta contase al rey lo que habia visto y presenciado. Con esto don Ramiro convocó (1136) á todos los ricos-hombres, caballeros y procuradores de las villas y lugares de Aragon para que se juntasen en córtes en la ciudad de Huesca. Congregados que fueron, expúsoles la peregrina especie de que queria fundir una campana cuya voz habia de oírse y resonar en todo el reino, á fin de convocar la gente siempre que fuera menester. El proyecto excitó la burla de los magnates aragoneses, pero nadie penetró la oculta y misteriosa significacion que envolvia. Desaperecidos fueron concurriendo un dia los grandes al palacio del rey, el cual habia colocado en una pieza personas de su confianza que ejecutaran su atroz desígnio. De esta manera, en cumplimiento de sus instrucciones, fueron uno á uno degollados hasta quince ricos-hombres de los mas principales, cuyas cabezas hizo colgar en una bóveda subterránea que aun se conserva. El sangriento espectáculo, manifestado al público, hizo, dicen, mas moderados y contenidos á los grandes. La anécdota, aun cuando no se apoya en documento alguno histórico fehaciente, podria ser creíble si se tratara de un príncipe mas cruel ó severo que don Ramiro, ó de mas ánimo y resolucíon que él; pero aplicada al rey-monje, y no confirmada por la historia, nos parece inverosímil é inadmisíble (1).

Lo que hizo don Ramiro en aquellas córtes fué anunciar su pensamiento y resolucíon de desprenderse de una corona tan erizada para él de espinas y de dificultades, y de retirarse otra vez á la vida religiosa y privada, puesto que tenia ya una hija en quien recayese la sucesíon del trono. Tratóse en su virtud del casamiento de la infanta, aunque era á la sazón una niña de dos años. Hubiérala dado acaso el débil don Ramiro al emperador don Alfonso que la destinaba para su hijo primogénito, si los aragoneses, que ni olvidaban sus recientes

(1) El juicioso Zurita cuenta este suceso con duda y desconfianza. Traggia en su citada Memoria supone con Garibay, Briz, Martínez y Abarca, «que este fué un cuento forjado para dar color á la inutilidad de don Ramiro, sobre el verdadero castigo ó justicia ejecutada en 1136 en algunos rehenes que se hallaban en Huesca, segun los anales ó memorias de Cataluña que alega Zurita.» Lo cierto es que ni el arzobispo don Rodrigo, ni el cronista de Alfonso VII, ni el Anónimo de Sabagun y su interpolador, que fueron los escritores mas inmediatos al suceso que se supone, hablan una palabra de un hecho tan ruidoso y que tan honda impresion habria causado en los ánimos. El ilustre académico citado expone otras varias razones, que nos parecen concluyentes, para probar la falsedad de la Campana, ó mas bien de la Campanada de Huesca.

discordias y antipatías con los castellanos, ni querian de modo alguno que el reino de Aragon se incorporase con el de Castilla, no le hubieran persuadido á que la desposara con el conde don Ramon Berenguer IV de Barcelona, que por su valor y sus virtudes, por la inmediacion de los dos Estados y por la mayor analogía de costumbres entre los naturales de uno y otro reino, les ofrecia mayores ventajas, suponiendo que así no tendrían tampoco por enemigo al de Castilla atendiendo el estrecho deudo y amistad que le unia con el barcelonés, como hermano que este era de la emperatriz. Ayudó á estas negociaciones Guillen Ramon de Moncada, senescal de Cataluña y uno de los magnates de mas influjo. Decidió, pues, don Ramiro dar su hija en esponsales al conde de Barcelona, y hallándose el 11 de agosto de 1137 en Barbastró se concertó el matrimonio de la infanta doña Petronila con don Ramon Berenguer, dándole con ella todo el reino de Aragon, cuanto se extendia y habia sido poseído y adquirido por el rey don Sancho su padre y por don Pedro y don Alfonso sus hermanos, salvos los usos y costumbres que en tiempo de sus antecesores tuvieron los aragoneses, y reservándose el honor y título de rey (2). En su consecuencia todos los burgueses de Huesca hicieron juramento de obediencia y fidelidad (24 de agosto) al conde de Barcelona y nuevo rey de Aragon (3). Y mas adelante en 27 de agosto y 13 de noviembre, hallándose don Ramiro en Zaragoza, confirmó de nuevo á presencia de los ricos-hombres de Aragon su abdicacion absoluta del reino á favor de don Ramon Berenguer, y para que no hubiese duda en ello le hizo cesion de cuanto le hubiera retenido ó reservado cuando le entregó su hija (4). Hecha esta solemne renuncia se retiró don Ramiro á San Pedro el Viejo de Huesca, donde principalmente pasó el resto de sus dias, no volviendo á tomar parte en los negocios públicos, y haciendo una vida retirada y oscura hasta mas de mediado el siglo XII en que falleció (5).

De esta manera aquel reino que en tiempo de Alfonso el Batallador parecia que iba á absorber en sí todos los Estados cristianos de España, comenzó por sufrir con Ramiro el Monje la desmembracion de Navarra, continuó por hacerse feudatario del de Castilla y concluyó por incorporarse al condado de Barcelona, acabando así la línea masculina de los vigorosos monarcas aragoneses, á los ciento y cuatro años de haber comenzado á reinar el primer Ramiro; todo por haber puesto la corona en la cabeza de un monje, que en el espacio de tres años trocó el sayal y la cogulla por el manto y la diadema, cambió el sacerdocio por el matrimonio, tuvo una hija, la desposó, enajenó el reino y se volvió á un retiro de donde no debió haber salido nunca.

Gran novedad fué para España la reunion de estos dos Estados bajo el cetro de un solo príncipe, y uno de los pasos mas avanzados que en aquellos siglos se dieron hácia la unidad de la monarquía. Mas por lo mismo que en adelante habremos de considerar ya á Cataluña y Aragon como un solo reino, necesitamos exponer cuál era la situacion de Cataluña antes y al tiempo de verificarse este importante suceso.

Dejamos en el capítulo III de este libro posesionado del condado de Barcelona á don Ramon Berenguer III, llamado el Grande, hijo del Asesinado y sobrino del Fratricida. Indicamos tambien los felices auspicios con que se habia inaugurado el gobierno del jóven príncipe, cuyos primeros años se habian pasado entre sobresaltos y agitaciones. Educado en la escuela de las campañas, animoso de corazon y resuelto, aliado y amigo de los belicosos y denodados condes de Pallars y de Urgel, hízose pronto temible á los mahometanos y contribuyó no poco á derribar el emirato de Zaragoza tan tenazmente sostenido por los terribles Beni-Hud. El caudillo Mohammed ben Alhag que de órden de Temim habia hecho una

(2) Archivo de la corona de Aragon, pergam. n. 86.

(3) Ibid. pergam. n. 76.

(4) Ibid. pergam. números 85 y 87.

(5) No estuvo siempre despues de su renuncia en Huesca, como algunos han escrito. Hay documentos que prueban haber estado tambien en San Juan de la Peña, Borja y otros puntos. Se cree que vivió hasta 1154. De su esposa doña Inés apenas quedó memoria alguna; infiérese que se redujo tambien á la vida privada.

algará devastadora á tierras de Cataluña (1109), se vió á su regreso sorprendido por los montañeses catalanes en las fragosidades de las brenas, y allí pereció con multitud de Almoravides y la mayor parte de los caballeros de Lamtuna que le acompañaban (1). Enviado luego contra el barcelonés con mas poderosa hueste el walf de Murcia Abu Bekr ben Ibrahim, taló los campos catalanes, incendió alquerías, robó ganados y frutos, y devastó de nuevo las comarcas; mas habiéndose juntado catalanes y aragoneses para cerrarle el paso en su retirada, vióse empeñado en un serio combate, en que si no fué del todo desbaratado, por lo menos setecientos musulmanes lograron, al decir de los historiadores árabes, «la corona del martirio.»

Un suceso doméstico vino en este tiempo á afligir el corazon del animoso conde barcelonés, á saber, la muerte de su segunda esposa doña Almodis, que le dejó sin darle sucesíon. Mas aquello mismo que le afectó como esposo fué ocasion de engrandecimiento para el país y de agregarse nuevas joyas á la corona condal, puesto que quedando en aptitud de contraer terceras nupcias, enlazóse en 1112 con doña Dulcia, heredera de los condes de Provenza, que le trajo aquellas ricas y cultas posesiones, y agregó á Cataluña el célebre país de la gaya ciencia que tan buenos imitadores encontró en los catalanes y cuyo contacto tanto influyó en el desarrollo de la literatura y de la civilizaci6n catalana. Coincidió con este suceso la incorporaci6n del condado de Besalú al de Barcelona por muerte sin sucesíon de su último conde Bernardo, en conformidad á un pacto anterior. Con esto y con haberse visto forzados el vizconde Aton de Carcasona y su feroz hijo Roger á reconocer fundatarios del de Barcelona obligándose á servirle y valerle como vasallos, veía don Ramon Berenguer el Grande ensancharse sus dominios con la agregaci6n de pingües Estados, y quedaba en disposici6n de acometer empresas que habian de elevar muy alto su nombre y su fama. Una feliz casualidad vino á abrirle un nuevo camino de gloria.

La república de Pisa, cansada de sufrir las continuas y molestas incursiones con que la fatigaban los sarracenos de las islas Baleares, resolvió al fin tomar venganza de sus importunos enemigos, y armó una flota para ir á buscarlos á las mismas islas en que se guarecian. El papa Pascual II concedió á esta empresa los honores de cruzada, y en agosto de 1113 se dió á la vela aquella escuadra de voluntarios italianos que de todas partes, como á una guerra santa, habian acudido. Una tempestad los arrojó á primeros de setiembre á la costa oriental de Cataluña, que ellos creyeron ser Mallorca. Difundi6se entre los catalanes la nueva del desembarco de aquella gente, y del objeto de su empresa. Ellos tambien habian experimentado vejaciones de parte de los árabes isleños, y pidieron concurrir á la venganza y ser incorporados en la expedici6n. El conde accedió á la peticíon de sus pueblos, y conferenció con los pisanos, los cuales no solo admitieron por compañeros á los catalanes, sino que dieron á don Ramon Berenguer el mando supremo de las fuerzas. Pasóse aquel invierno en preparativos, y en junio de 1114 tomó la armada el rumbo de las islas. La primera que sucumbió á las armas cristianas fué Ibiza. El 10 de agosto se apoderaron los cruzados del último baluarte, y demolidas las fortificaciones y repartido el botín, izó la escuadra para Mallorca. Desembarcado que hubo el ejército aliado, dirigióse á embestir la capital. Largo fué el cerco, los combates muchos, varios los azares, disputados los asaltos, y sensibles las pérdidas; pero fué mayor la constancia, y el conde tuvo buenas y muchas ocasiones de mostrar allí su denuedo y lo que valia su espada. Al fin, despues de pasar muchos trabajos y aun enfermedades en la cruda estacion del invierno, á principios de febrero del año 1115 se ordenó el general asalto por tres partes del muro simultáneamente; hasta diez veces fueron rechazados los cristianos, pero ni por eso se entibió su ardor impetuoso; apoderáronse del primer recinto, los demás cedieron ya pronto á su furia; todo fué desde entonces mortandad y estrago, y al través de la ruina y desolaci6n, y de los ayes y lamentos, y de aquel cuadro de horror y de muerte, un espectáculo consolador y tierno se

(1) Conde, part. III, cap. 24.

ofrecía á los ojos de los cristianos, el de los cautivos cuyas cadenas rompian, y que se abalanzaban á llenar de bendiciones y abrazos á sus libertadores (2).

Grande fué aquella expedici6n y conquista, y aparece mayor cuanto mas se consideran las dificultades de aquel tiempo. Mucha gloria recogió en ella el conde don Ramon Berenguer, no tanto por la parte real de adquisici6n de un territorio que por entonces no habia de poder conservar, como por el influjo moral que adquiria su nombre, por el prestigio que aquel triunfo daba á las armas catalanas, por el impulso y desarrollo que habia de tomar su marina y por la comunicaci6n y tráfico en que habian de quedar con aquellos italianos. Por lo demás ni estos podian mantener lo conquistado, ni la naturaleza de aquel ejército allegado de tan diversas gentes lo permitia, ni lo consentian tampoco las circunstancias de Cataluña acometida en su ausencia y hostigada por multitud de taifas musulmicas. Además que Yussuf no se habia descuidado en enviar sus naves al socorro de aquellas islas; y por todas estas razones los cristianos obraron con prudencia en dejar á Mallorca y regresar á sus respectivos países, llenos de gloria, de riquezas y de cautivos moros. Y no por eso fué infructuosa aquella empresa: el orgullo musulman quedaba abatido; ya no podian infestar los mares con sus piraterías tan á mansalva como antes; los catalanes comprendieron toda la utilidad que podia prestarles la marina así para las conquistas como para el comercio, y se dieron á fomentarla, y sirvi6les no poco para la seguridad de sus costas y para el tráfico mercantil en que habian de ser luego tan afamados.

Supónese el regocijo con que al regreso de tan gloriosa jornada serian recibidos los catalanes expedicionarios. Tenia ya entonces Alfonso el Batallador harto entretenidos á los moros de todas aquellas partes, lo que debió proporcionar al conde de Barcelona tiempo y desahogo para acrecentar sus fuerzas navales, á que le ayudaron sus súbditos con prodigiosa actividad, particularmente los barceloneses. Ello es que á poco tiempo vióse una numerosa flota catalana surcar atrevidamente las aguas del Mediterráneo. En ella iba el conde don Ramon con bastantes prelados y barones, y la competente dotaci6n de hombres de armas. No tardó la escuadra en arribar á Génova, donde halló honroso recibimiento. De allí tomó el rumbo á Pisa: de esperar era que el jefe de la expedici6n aliada de catalanes y pisanos á Mallorca recibiese allí mayores obsequios. Y en efecto, cuentan las crónicas que al tomar tierra fué recibido en procesi6n solemne, y que á esta primera acogida correspondieron los ulteriores agasajos. Renovada allí y estrechada la alianza y la amistad con los que una feliz casualidad habia hecho antes amigos, envió el conde don Ramon desde Pisa una embajada al pontífice Pascual II solicitando otorgase los honores de cruzada á los que le ayudasen á la guerra que pensaba emprender contra los moros de Cataluña. El papa condescendió gustoso con los deseos del conde, y Pascual II no hizo mas que expedir una bula mas de este género; que casi le iban haciendo los pontífices el medio ordinario de alentar los cristianos á la guerra.

Contento el barcelonés con el buen éxito de sus negociaciones, emprendió el regreso á su patria. A su paso por Provenza halló que la fortaleza de Fossis ó Castellfoix se habia rebelado y separábase de su obediencia. Dispuso saltar á tierra con su gente, y de tal modo fué cercada y batida la ciudad por los barceloneses, que tomándola á viva fuerza pudieron proseguir con la satisfacci6n de no dejar á sus espaldas plaza alguna enemiga. En este tiempo se habia enriquecido el condado de Barcelona con otra nueva herencia semejante á la del condado de Besalú. Bernardo Guillermo, conde de Cerdaña, habia muerto sin hijos, y con arreglo á la condici6n

(2) Nuestro malogrado amigo el señor Piferrer, en sus *Recuerdos y bellezas de España* (tomos de Mallorca y Cataluña), insertó curiosos documentos y pormenores acerca de esta famosa expedici6n de pisanos y catalanes á las Baleares, sacados del archivo general de la corona de Aragon, tales como el convenio celebrado en 1113 en San Felio de Guixols entre el conde don Ramon Berenguer III y los pisanos, y otros que confirma la crónica *Gesta triumphalia per Pisanos facta*, etc., de Muratori. En esta interesante obra hallará el que las deseé circunstancias é incidentes en que no le es dado detenerse á un historiador general.